

El coronel Redel sentado ante una mesa, en su cuarto, acababa de escribir una carta. Eran las nueve de la noche y hacia un momento había vuelto del círculo militar, donde había comido con el comandante Vallières, que era su padrino, además de Clement, cuando el sonido del timbre turbó el silencio de aquella casa. Redel, que había despedido á su ordenanza, cruzó el salón y fué á abrir la puerta. En la escalera, débilmente iluminada por un mechero de gas vacilante, esperaba una mujer vestida con un amplio abrigo, cubierta con un velo y difícil de reconocer por otro que no fuera el coronel. Al verla, arrojó un grito y ofreciéndola las manos:

— ¿ Usted aquí, señora ? dijo, dudando entre la inquietud y la alegría.

La dama no respondió; entró, y dirigiéndose hacia la habitación alumbrada, atravesó el vestíbulo y el salón y llegó al gabinete de Redel. Allí, con un ademán tranquilo, se quitó el abrigo y el

velo y mostró el noble y triste semblante de la señora de Coutras. Redel permanecía ante ella, trastornado por la emoción, devorándola con los ojos, dudando de su presencia, loco con aquella dicha inesperada. La condesa le ofreció la mano y dijo con voz grave :

— No he querido que ese duelo se verifique sin habernos visto. Usted no podía ir á mi casa y no he vacilado en venir á la suya.

— ¿ Pero no teme usted que la hayan espiado, que la hayan conocido?... Si por mi causa corriese usted algún peligro, mi desesperación sería inmensa.

Aquel cuidado por su tranquilidad, por su reposo, dominando toda otra preocupación, conmovió tan profundamente á Enriqueta, que las lágrimas asomaron á sus ojos.

— No pensemos en mí, dijo. ¿ Quién se ocupa además en lo que yo hago ? ¿ No soy la mujer más abandonada ? Se trata de usted, querido y leal amigo, de usted, que arriesga tan locamente su vida y á quien quiero defender contra todos y contra sí mismo.

— ¡ Oh ! Yo se lo ruego, exclamó Redel ; no nos ocupemos de ese miserable asunto ; no turbemos esta hora, tan preciosa para mí, con vanos debates. Déjeme usted olvidar todo lo que no sea la dicha de estar en su presencia. ¿ Qué me habla usted de

mi vida! ¡ La hubiera dado cien veces por la alegría que ahora siento!

— Veamos, amigo mío, es preciso ser razonable para sí mismo; he venido para hacer una tentativa suprema á fin de impedir ese duelo...

— ¿Y cómo? preguntó Redel, que de pronto se puso grave.

— Bastará que usted se preste á ello para que sea fácil.

— Si usted supiera lo ocurrido, no me haría tal petición.

— Lo sé.

— ¿Quién se lo ha dicho?

— Mi marido, en primer lugar, y después Celina.

— ¡Cómo! ¿Han cometido, él esa infamia y ella esa imprudencia?

— Sí; él ha sido infame naturalmente; y ella ha sido imprudente...

— Por mi causa, estoy seguro...

— Sí. Desesperada al ver á usted en peligro, su único cuidado ha sido defenderle, y en la alternativa de comprometerse ó de abandonar á usted, no ha vacilado y se ha comprometido...

— ¡Hermoso corazón! Pero ¿á quién ha hablado?

— Á la señora Mossler.

— ¿De modo que esa pobre señora conoce la miserable conducta de su hijo?

— La conoce.

— ¿Y qué ha hecho?

— Le ha llamado á su casa y le ha rogado, amenazado, sin conseguir nada. Entonces me ha escrito para hacerme saber su fracaso y para suplicarme que aceche á Valentín y, si vuelve, le impida salir esta noche... No ha vuelto á comer... Eran las diez cuando salí... y no volverá hasta muy tarde, según su costumbre. No tengo, pues, para qué ocuparme de él y, por otra parte — es espantoso lo que voy á declarar — no pienso más que en usted.

— Ya ve usted que tengo que persistir en mi resolución, puesto que él persiste.

— Y si le mata á usted?

El coronel respondió muy despacio:

— Mi oficio es desafiar la muerte. Aseguro á usted que no la tengo miedo; me conoce bien. Somos antiguos camaradas. Para un soldado, que ha pasado por delante de la metralla tantas veces y sin pestañear, ¿qué supone dejarse tirar aun por el más diestro de los adversarios? No me matará tan cómodamente, esté usted segura. No tiene usted idea de la facilidad con que no se acierta al tirar contra un hombre.

Enriqueta permaneció aniquilada, oprimida por la certidumbre de un desastre, y el coronel, para arrancarla á su sombría preocupación, continuó hablándola y contándola historias, como á los niños.

— Oiga usted; me acuerdo que en el sitio de Tuyen-Quan, cuando estábamos rodeados, con el comandante Dominé, por millares de chinos, un diablo de tártaro iba á insultarnos, ante nuestras líneas, á cincuenta pasos de las avanzadas. Estaba prohibido hacer fuego, porque empezaban á faltar las municiones, y el tunante, envalentonado, redoblabá sus fanfarronadas. El día en que el cañón de Giovanninelli nos anunció la llegada de los que venían á libertarnos, el tártaro vino, más rabioso que nunca, con cara amenazadora y gritos estridentes, á agitar delante de nosotros una bandera amarilla bordada con una cabeza de tigre. Nuestros tiradores perdieron la paciencia y enviaron á nuestro hombre una lluvia de balas. El tártaro no cayó y volvió á sus gritos, haciendo contorsiones y aullando como un demente. Una nueva descarga le respetó también y él siguió con sus danzas y sus injurias. Entonces se mandó cesar el fuego y nuestro hombre se marchó tranquilamente, después de haber servido de blanco á cincuenta tiros, sin recibir ni una rozadura. Ya ve usted que no se pone siempre una bala donde se quiere.

Redel estaba tranquilo y sonriente y Enriqueta se le representaba en su salón, contando entre sus amigos las peripecias de alguna batalla. Una angustia indecible se apoderó de su corazón. Le pareció que oía por última vez aquella voz varonil y

vibrante y que ya no le vería más. Tímidamente, dijo :

— Si ese duelo no se verificase, sería más seguro.

— Sin duda, pero ¿ cómo impedirlo? Yo he cargado con todas las culpas, en apariencia, y prefiero mil muertes á presentar al señor de Coutras excusas que no le debo. Ya ve usted que todos sus cálculos son vanos, que sus tentativas son inútiles y que las cosas deben seguir su curso.

La juiciosa Enriqueta lo comprendió tan bien, que dejó caer la cabeza sobre el pecho y se echó á llorar no encontrando nada que decir ni otro consuelo á su dolor que las lágrimas. El coronel, sentado á sus pies, casi arrodillado y lleno de emoción, trataba de consolarla.

— Yo se lo ruego, sea usted más animosa ; me tortura usted con su pena. Usted no es culpable de nada ni tiene responsabilidad alguna en lo que pasa.

Enriqueta movió la cabeza como indicando que sabía, por el contrario, que tenía una gran parte, aunque oculta, en lo que sucedía. Redel la comprendió y dijo, bajando la voz :

— En todo caso, nadie lo sabrá. Nadie sospechará que la cólera de ver á usted tan odiosamente tratada me ha animado contra el conde. Sí ; si yo no hubiera amado á usted tan religiosamente, no hubiera odiado á su marido. Pero si muero, habré

sido feliz hasta mi último momento, puesto que está usted aquí, á mi lado, tan afectuosa, que esto es más de lo que pudiera haber soñado en mis momentos de más grande ambición. Cese usted de llorar y déjeme decirle todo mi pensamiento. Estoy condenado, suceda lo que quiera, á no ver á usted más. Acaso sea mejor para mí desaparecer bruscamente, sentido y llorado por usted, que irme á arrastrar lejos de aquí una existencia sin objeto, puesto que se deslizará lejos de usted. Esto es lo que medito con infinita tristeza.

Enriqueta le dirigió una mirada desolada.

— ¿Será usted desgraciado hasta ese punto al separarse de mí? Sí; juzgo su dolor por el mío... ¡Ah! Al venir aquí esperaba obtener de usted todas las concesiones y, al escucharle, comprendo que son imposibles en un hombre de su carácter. Estoy desesperada y, sin embargo, no querría que obrase usted de otra manera. No; si usted no fuera tal como es, tal como le admiro y le temo, no tendría yo por usted...

Se detuvo oprimida, indecisa. Redel cogió su mano é imploró tímidamente:

— Puede usted decirlo ahora, ¿no es verdad?

— ¡Oh! Ya no hay en mí reserva ni orgullo. Sí; si usted no fuera como es, no le profesaría todo el amor que ha merecido y que tendré la amarga pena de no haber podido darle...

Redel bajó la frente hasta tocar la mano de Enriqueta, y prosternado ante ella, como delante de Dios:

— Bendita sea usted, dijo, por el encanto supremo que me concede. Mi corazón está tan lleno de reconocimiento y de ternura, que no hay sitio en él para la cólera y el odio. Usted me ha purificado de todos mis malos instintos. Ahora, soy de usted, de usted sola. Su predilección me eleva sobre el nivel de los hombres. Suceda lo que quiera, puede usted estar cierta de que me ha colmado de las delicias más raras y más puras.

Enriqueta quiso hablar, suplicar todavía, pero él la cerró la boca con un ademán acariciador.

— ¡Oh! No pronuncie usted ni una palabra. Todo debilitaría mi goce divino. Estoy en el cielo; no me vuelva usted á la tierra. Amo á usted como jamás mujer alguna ha sido amada, y soy dichoso... Váyase usted, déjeme, vuelva á su casa y rece por mí; es todo lo que pido.

Enriqueta estaba delante de él, presta á partir, tan pálida, tan torturada, con sus hermosos ojos negros llenos de lágrimas, tan hermosa, que Redel no podía, en aquel instante supremo, apartar de ella su mirada. La joven le dió la mano y él la sintió estremecerse entre las suyas. Los ojos cándidos de Enriqueta despidieron un fuego sombrío, sus labios temblaron, y exhalando un sollozo, se

inclinó sobre el pecho de Redel y le echó los brazos al cuello, fuera de sí, loca, entregada, toda suya. El coronel la separó dulcemente, sonrió con ternura, cogió su encantadora cabeza con las manos y dijo, depositando un beso en los hermosos ojos que lloraban por él :

— En el umbral de la muerte, no quiero nada de usted más que su alma, Enriqueta. Si no nos vemos más, no encontrará usted en el fondo de su pensamiento sino recuerdos immaculados de nuestra ternura, y comprenderá cuánto la he amado.

Acarició con los labios sus rubios cabellos y su frente altanera y saboreó la exquisita sensación de tenerla en sus brazos y de no guardarla en ellos. Después, la acompañó hasta la puerta con fraternal respeto y la dejó marcharse.

Al dejar á sus amigos en la calle de Saint-Honoré, á eso de las diez, después de la conversación amenizada con licores y cigarros que siguió á la comida, Valentín tomó un coche de plaza y dió orden de que le llevase á la plaza de Anvers. Allí se bajó, atravesó el *boulevard* Rochechouart, se metió en la calle de Steinkerque, después de cruzar la de Orsel y se encontró en la esquina de la plaza de Saint-Pierre, en una oscuridad que un pálido rayo de luna disipaba por cortos instantes al filtrarse á través de las nubes. Todo era allí soledad

y silencio. La masa de la colina de Montmartre, coronada por las pesadas construcciones del Sagrado Corazón, se levantaba vaga y negra. Ni un transeunte, ni un guardia. Aquello era un desierto.

El conde tocó en el bolsillo de su gabán la culata del revólver que llevaba siempre para ir á aquellos sitios. No tenía miedo, pero tomaba sus precauciones. Miró el reloj; eran las once y en el silencio de la noche una campana repitió de lejos la misma hora. Valentín se puso á pasear, impaciente, por la acera; Matilde se retrasaba. Bajó hasta la calle de Orsel y, al llegar á la esquina, vió á la luz confusa de un farol que por la calle de Steinkerque llegaba la muchacha con paso rápido. Se arrojó en sus brazos, falta de aliento, y dijo :

— Te he hecho esperar... Me seguían y tenía miedo...

— Supongo que estarás tranquila, ahora que estás á mi lado.

— Sí, pero lo estaré más cuando nos encontremos en nuestra casa... ¿Por qué no has subido, sencillamente, en lugar de esperarme abajo?

— Por lo mismo que acabas de decir... Te seguían y no te ha parecido mal encontrarme aquí...

— Despachémonos. Hay malos pájaros por aquí esta noche.

Se dirigían hacia la plaza, del brazo, á través de las tinieblas de la calle, cuando un paso precipi-

tado se oyó detrás de ellos. Valentín sintió que la mano de la muchacha se crispaba en la suya. Matilde no habló y aceleró su marcha, pero el que les seguía les iba dando alcance. Valentín cruzó la calle y el otro hizo lo mismo. El conde, entonces, se paró bajo un farol é hizo cara. El hombre que les perseguía llegó hasta él tambaleándose. Llevaba una blusa, una gorra y gruesos zapatos. Con la torpeza de pronunciación propia de los borrachos, dijo :

— ¡Toma! ¡La señoritinga y su silbante! ¡Tú eres demasiado barbiana para este espantajo!

Y alargó la mano para coger á Matilde, pero Valentín, de un golpe seco con el brazo y con la pierna, le hizo caer de nuca contra la pared. El hombre se levantó de un salto y ya sin apariencia alguna de borrachera, dijo :

— Espera un poco, que te voy á arreglar... ¡Eh! ¡Los buenos mozos!

Á este grito, aparecieron por la esquina de la plaza tres hombres, uno de los cuales estaba vestido de mujer. Matilde exclamó con voz ahogada :

— ¡Sálvate, Valentín! ¡Es Ravet! ¡Nos han engañado!...

El conde no tuvo tiempo de pedir explicaciones á la muchacha. El hombre vestido de mujer cayó sobre él, puñal en mano. Hubo una corta pelea; una seca detonación de revólver, un cuerpo que

caía en la acera, un grito desgarrador. El falso borracho dijo :

— Ravet está patas arriba; el silbante tiene lo que necesita... ¡Los guiris!... Carguemos con la chica...

Matilde, muda de horror, fué cogida por dos brazos vigorosos que la arrancaron de Valentín, que estaba de pies, pero apoyado en la pared. Una carga de los guardias dispersó la banda en las tinieblas, y en el lugar de la ocurrencia solamente quedaron Ravet, caído de bruces contra el suelo, y el conde, inmóvil, los ojos abiertos y fijos y el revólver en la mano...

Á las siete de la mañana siguiente, estaba Federico Clement acabando de vestirse para ir á casa de Redel, cuando entró en su cuarto el señor Eliphas. El banquero, asombrado de verle allí tan de mañana, preguntó á su padre qué ocurría, y el viejo le contestó que había sabido la noche antes, en casa de la señora Mossler, que debía verificarse un duelo entre el coronel y el señor de Coutras, y quería ir al terreno para conocer antes el resultado. Federico no tenía costumbre de oponerse á los deseos de su padre; pero no pudo, sin embargo, dejar de hacerle notar que eso sería una incorrección y que los padrimos del señor de Coutras podrían oponerse.

— No tendrán para qué, dijo Eliphás.
Federico miró á su padre con asombro.

— Puedes estar tranquilo, añadió el viejo; no me verán... Me quedaré en el coche. Pero quiero estar presente para ir sin perder momento á informar á la señora Mossler de lo que pase.

— ¿Te lo ha mandado ella?

— No; pero se alegrará de que lo haga.

Partieron y eran las ocho cuando entraron en casa del coronel. Acompañado por su compañero de escuela el comandante Vallières, Redel esperaba muy tranquilo y con un aire de resolución que impresionó vivamente á Federico, ya muy conmovido. ¡ Si hubiera oído al coronel, un momento antes, decir á su amigo que estaba resuelto á no tirar al conde y á esperar sus tiros, cuál hubiera sido su emoción! Redel, que se proponía no romper con la señora Mossler, á fin de volver á ver á Enriqueta de vez en cuando al menos, había formado el proyecto de arriesgar su vida por la satisfacción de su amor.

La llegada del señor Eliphás extrañó á todos

— ¡ Cómo! Usted, el hombre de la moral y de la caridad, dijo Redel riendo, va á sancionar con su presencia estas prácticas sanguinarias..

— Las condeno, créalo usted, declaró Eliphás, pero he pensado que mi presencia daría á usted buena suerte.

La respuesta de su padre era tan singular, que Federico le miró por segunda vez con asombro. Pasó por su mente la idea de que su padre no creía en aquel duelo; pero ¿ cómo no creerlo?, los padrinos estaban reunidos, las armas prontas, el coche esperando. Sin embargo, la calma del viejo, aquella especie de seguridad profética que había manifestado por dos veces, parecían indicar que Redel no corría ningún peligro.

— Vamos; es tiempo, dijo el comandante Vallières. Desde aquí á Gennevilliers tenemos una hora de camino.

— Vamos, dijo Redel.

Y sin echar una mirada enderredor, á su cuarto, á sus objetos familiares, que podía no volver á ver, salió con la firme indiferencia de un soldado. En la calle subieron todos en el coche encargado por Vallières. Detrás iba el de Federico. El doctor Dujardin, médico de Val-de-Grace había quedado en ir directamente al terreno. Apenas se puso en marcha el carruaje, Redel se puso á hablar y, según contaron después sus amigos, jamás estuvo su espíritu más brillante, más libre ni más animado. Parecía que afrontaba el peligro con cierta coquetería, para probar que un hombre de su temple no siente la opresión del miedo. Federico se animaba y tomaba confianza poco á poco. Era el primer asunto de tal índole en que intervenía y, como le

había dicho el otro padrino el día anterior, no podía negar que era principiante. Aquel hombre de números, moderado por naturaleza; aquel puritano, pacífico por principio, conservaba cierto aire de azoramiento en aquel asunto en que le habían metido hacía veinticuatro horas.

Mas al oír hablar á Redel de todo menos del objeto que llevaban en aquel viaje, empezaba á encontrar un poco de confianza. « Si no estuviéramos todos vestidos de negro, pensaba, y no sintiera debajo del asiento la caja de las pistolas, creería que íbamos á caza ó á almorzar en el campo. » Fuera ya de las fortificaciones, el coche rodaba por la carretera, entre dos filas de árboles, y á los dos lados se extendían los campos sombríos, bañados por una luz gris. Algunos carros de hortelanos se dirigían hacia Asnieres. Ni un trabajador en las tierras. La soledad era completa. Á la izquierda un ancho montón de tierra cubierto de musgo amarillento, recordaba el reducto de Gennevilliers, que fué construído en 1870 para defender la orilla del Sena y que formaba, melancólico, un receptáculo á la helada y á la lluvia.

Aquel paisaje velado de tristeza pareció á Federico cuadro adecuado para un acontecimiento trágico. Sus temores volvieron y se figuró aquel coche, volviendo al paso, lúgubre, con un muerto tendido sobre los almohadones ensangrentados. Levantó

con angustia los ojos hacia Redel, que continuaba hablando con la mayor tranquilidad, y, en el mismo momento, el coche se detuvo de pronto.

— ¿Qué hay? preguntó Eliphas? ¿Hemos llegado?

— ¡Calla! Son los padrinos de nuestro adversario, dijo el comandante Vallieres, abriendo la portezuela. Esos señores vienen á encontrarnos.

Redel saltó vivamente al camino y Eliphas, Federico y el comandante le imitaron. Prieur y Croix-Mesnil, que habían dejado su coche á poca distancia, avanzaban con aire pesaroso y solemne. Su actitud pareció tan anormal al comandante, que exclamó, sin darles casi tiempo para saludar:

— ¿Ustedes solos, señores? ¿Y el señor de Coutras?

— ¡Estamos solos, dijo en tono desolado Prieur, y el señor de Coutras no vendrá!

— ¿Por qué?... preguntó Redel con voz amenazadora.

— Porque está muerto, dijo Croix-Mesnil.

— ¡Muerto!

En la carretera polvorienta, en aquel paisaje de invierno, bajo aquel cielo negro y triste, los amigos de Redel se miraron con estupor. Sólo Eliphas no pestañeó. Prieur añadió:

— Le han llevado á su casa, esta mañana, con una puñalada en la espalda.

Al oír esto, Federico sintió un desvanecimiento, ante la convicción de que su padre estaba informado del crimen y ante la sospecha de que no le había impedido. Le cogió del brazo, le llevó hasta la cuneta del camino y dijo con voz temblorosa :

— ¿Sabías que Coutras sería asesinado esta noche?

Eliphas levantó la cabeza hacia el cielo y respondió con firmeza :

— Sí, lo sabía.

— ¿Y has dejado cometer ese crimen?

— He hecho cuanto dependía de mí para salvar á ese desgraciado de sí mismo. Pero yo no soy más que un hombre y no he podido obligarle á entrar en el deber. Entonces, he juzgado en mi conciencia el mal que había hecho y el que se preparaba á hacer, y le he dejado morir.

En aquella hora trágica, ¿penetró en la mente de Federico un rayo de luz? ¿Se quebrantó la confianza imperturbable que tenía en su mujer? Palideció, miró á su padre con ojos llenos de angustia y dijo, apretándole la mano :

— ¿Á qué aludes? ¿Por qué has sido implacable? ¿Quién era el amenazado?

— Un hombre de bien, en su vida, y una mujer honrada, en su honor...

Federico bajó la cabeza y no preguntó nada más. En aquel momento Redel y el coman-

dante Vallières se separaban de los padrinos del señor de Coutras y venían á reunirse con sus amigos.

— Ahí tienen ustedes un pobre diablo, que ha muerto como había vivido, dijo el coronel con desdeñosa compasión.

— Sí, añadió Eliphas, en el lodo.

— Este paseo al aire libre me ha abierto el apetito. Voy á almorzar con gusto, dijo el comandante Vallières. Volvamos á París.

La señora Mossler y su Ministro de la Caridad no se han vuelto á ver. Como había previsto Eliphas, la muerte de Valentín rompió para siempre los lazos de su antigua amistad. Inconsolable y, sin embargo, resignada, pues había visto en aquel fin trágico la irremisible sentencia de la fatalidad, la señora Mossler permaneció encerrada en su casa, consagrándose con más pasión que nunca al alivio de las miserias. No recibía más que á Henriqueta y, algunas veces, al coronel Redel. Las dos mujeres pasaron el verano en la Chapelle-Sauvigny, donde permanecieron hasta fin de otoño. Cuando la nieve extendió su blanca alfombra sobre las praderas y espolvoreó de blanco los árboles del parque, volvieron á París.

Enriqueta no quiso continuar en la avenida de Friedland, se fué á vivir con la señora Mossler y

fué para ella una hija adicta, tierna y tan buena, que una noche en que las dos estaban al lado del fuego, pensativas y melancólicas, la anciana rompió el silencio y dijo :

— Mi querida Enriqueta, te veo con pena llevar una triste existencia con una vieja como yo. No has conocido hasta aquí la dicha y, sin embargo, la mereces como ninguna mujer del mundo. Yo soy responsable de las profundas decepciones y de las crueles amarguras que has sufrido, y quisiera reparar en lo posible el mal que te he causado involuntariamente.

La joven juntó las manos en ademán de súplica y dijo, interrumpiendo á la señora Mossler:

— Por Dios, no te acuses; bien sé hasta qué punto eres excelente y han sido falseadas tus intenciones. Hemos llorado las mismas penas y sufrido los mismos dolores. Eres inocente y la vida la sola culpable de nuestros sinsabores.

— Te agradezco que me hables así. Tu generoso corazón se manifiesta una vez más en esa absolución que no merezco enteramente, porque he cometido una gran falta; la de querer sustituir el poder del oro á las fuerzas intelectuales y morales. He creído que la riqueza supliría á todo y he adquirido la convicción humillante de su inutilidad. ¿Qué digo? Ha sido peor que inútil; ha sido funesta. Colocada en malas manos no ha servido más que para obras

de corrupción ni ha hecho más que víctimas.

La anciana se quedó un instante pensativa y como impulsada por lejanos recuerdos, añadió:

— Mossler me dijo un día: « Tengo miedo de que seamos ricos. ¿Nos podrá eso ser útil? Pasada cierta cifra, la fortuna es cosa fantástica y temo que sirva más para el mal que para el bien. Dejemos todo esto y volvámonos á plantar nuestras coles. Con cien mil francos de renta tendremos más de lo que necesitamos. Lo que exceda de eso será un estorbo y ¿quién sabe? acaso una fuente de penas. » ! No estaba equivocado!

Se produjo un silencio. La señora Mossler enjugó una lágrima que rodaba por su mejilla y continuó:

— De todos mis dolores, el mayor es ver quebrada tu existencia y haber contribuído á ello. Pero felizmente eres bastante joven para volverla á empezar. Aquel á quien has sido visiblemente destinada te ama y no espera más que una palabra tuya para ofrecerte su nombre. Creo que vacilas en pronunciar esa palabra por deferencia á mí. La he pronunciado, pues, por ti, mi querida hija; es el desquite que te doy y que con todo mi corazón me alegro de poder darte.

— ¡ Qué, querida madre! acaso quieres...

— Que te cases con Redel, sí, hija mía; lo quiero porque así aseguro tu dicha y la suya. Le he rogado que venga esta noche á hablar conmigo.

En este momento resonó en el silencio del hotel el timbre que anunciaba las visitas.

— ¡ Ahí está! dijo la señora Mossler.

La puerta se abrió y el coronel se adelantó hacia las dos mujeres. Besó la mano de la señora Mossler y se inclinó ante Enriqueta.

— Yo preveo que me voy, amigo mío, dijo con aire de indiferencia la reina del oro. Á la edad que tengo y para lo que hago en este mundo, no es una noticia para trastornarse; pero hay aquí una mujer que no tiene más que veinte años y á la que el porvenir debe reservar justas recompensas. Tengo empeño en ofrecérselas yo misma y quisiera, sin esperar más tiempo, dársela á un hombre honrado que la ame como ella merece. No creo engañarme, Redel, pensando que ese hombre es usted.

El coronel se puso pálido y dirigió á Enriqueta una mirada interrogante. La joven inclinó gravemente la rubia cabeza, se levantó y fué á arrodillarse delante de la señora Mossler. Abrazó á la anciana, que temblaba de emoción, y murmuró con una voz que le salía del alma :

— Gracias, madre mía.

FIN.

